

semidiós vinculado al sol. Picasso se identifica con el toro, su ojo será la mirada del pintor. El caballo es el alter-ego del toro y por consiguiente también de Picasso. En la pareja que forma toro-caballo, el primero será lo masculino y el segundo lo femenino. Ambos son de origen divino.

Recorrido por la obra tauromáquica de Picasso

Desde que su padre José Ruiz, pintor y profesor de dibujo, le llevase a la plaza de toros de la Malagueta a disfrutar de las faenas, de entre otros los legendarios Mazzantini y Lagartijo, el joven artista se interesó en representar temas relacionados con este arte. Con tan solo 9 años realizó un óleo titulado “*el pequeño picador amarillo*”, en el que denota infantilismo en el trazo pero un incipiente intento por componer. Es una pintura que marca el inicio de la carrera del niño, es el mundo de su padre, pero también el de sus juegos infantiles, de sus sueños. Como consecuencia, las escenas taurinas empiezan a aparecer como un relato de sus vivencias personales en muchos de sus dibujos infantiles.

“*La cogida del torero y sus estudios de palomas*” (1892) y “*La corrida*”, nos muestran ya un claro conocimiento de este espectáculo en unas escenas con gran dinamismo en las que plasmó con gran detalle todo lo que sucede en la arena y que contrastan con la esquematización, o mejor los garabatos que representan al público, contribuyendo todo ello a intensificar el movimiento y espontaneidad de la composición.

Durante su estancia en La Coruña en el año 1895 realiza una serie de obras sobre los lances de la corrida en los que aparece por primera vez el tema del caballo muerto.

Contando 16 años realiza un viaje a Madrid, estancia que aprovecha para visitar el Museo del Prado como copista y fija sus ojos en los grabados de Tauromaquia sobre *Pepe Hillo* realizados por Goya. Pero será a partir de su regreso a Barcelona en el invierno de 1899, cuando la presencia de los temas taurinos se intensifique en la obra del artista. La asistencia a corridas deja de estar ligada a la tutela paterna y la atmósfera que se respira en la ciudad es lo que incide más directamente sobre sus pinturas. Por una parte, la tendencia a cultivar temática de ambientes españoles y por otra parte, caso personal de Picasso, la pasión por la fiesta que encaja en el tipo de pintura que quería hacer en este momento.

Cuando Picasso llegó a Barcelona únicamente existía en la ciudad la plaza de toros “La Barceloneta”, llamada también “El torín”. Pero en 1900 se inauguró la plaza “Las Arenas”, que desplazó por sus instalaciones a la primera. Aunque en Barcelona existía una intensa afición a finales del siglo XIX en ciertos sectores se le consideraba un espectáculo ajeno a la idiosincrasia catalana. El término “andaluz” era sinónimo de toros. Sabartés, cronista de la época, comenta como Picasso, en aquel momento, constituye un elemento anómalo en los medios culturales catalanes de las vanguardias artísticas. El artista se siente atraído por los ambientes con inquietudes artísticas avanzadas, que suponen un puente hacia Europa, a la vez que selecciona a sus amigos entre los que comparten el bullicio de la noche barcelonesa y afines a sus gustos y preferencias. Toros es sinónimo de diversión y la fiesta, junto a los saraos, las zarzuelas y los cafés concierto, en las que el tipismo andaluz era muy frecuente, constituyen el centro de diversión barcelonesa.

Bajo la dirección de Canals realiza el primer aguafuerte titulado “*El zurdo*” que tiene como tema un picador. Este primer grabado no debió satisfacerle en exceso, ya que abandonó la práctica de esta técnica hasta 1904 en París. El título se lo dio el propio artista cuando vio el resultado de la impresión de la plancha, en la que la pica queda en la mano izquierda del picador, porque olvidó que al imprimir se invertían los lados.

Durante 1900 realiza dibujos taurinos muy abocetados y de una gran simplicidad, consolidando su ejercicio dibujístico en torno a la figura del torero. En algunos de sus pasteles coloristas y luminosos apreciamos una gran frescura, cromatismo vivo y contrastado que los convierten en grandes obras del momento.

Un año más tarde presentará en una exposición realizada en París junto a Iturrino una serie de cuadros relativos al tema taurino en los que representa corridas urbanas y corridas aldeanas con un divisionismo cromático que se aleja de la uniformidad de los pasteles precedentes.

Entre 1904-1910 Picasso abandona casi por completo el tema de los toros. Será en Céret, tras estos años de interrupción, cuando el tema de la corrida vuelva a manifestarse tímidamente con motivo de las estancias prolongadas del artista en el sur de Francia. En compañía de Braque, totalmente ganado a la causa taurina y a veces con Max Jacob, comienza a frecuentar con asiduidad las plazas de toros locales, haciendo algunas incursiones hasta Figueras, donde lidiaban toreros españoles.

La obra titulada “*El aficionado*” (1912) se inspira en una corrida presenciada en Nîmes. Desde el punto de vista estilístico sigue las premisas del cubismo, movimiento en el que estaba trabajando, junto a Braque. Salvo en esta obra, los ecos de la fiesta nacional en su pintura cubista son discretos y puramente circunstanciales. No sorprende no encontrar ninguna descripción realista de la corrida de esta época en la que la figuración tradicional ha desaparecido para dar paso a un espacio mental en el que las palabras y los elementos representados con perspectivas engañosas crean una atmósfera irreal.

Durante su estancia en Barcelona en el año 1917 realiza dos álbumes de dibujos dedicados a la agonía y muerte del caballo. Este animal que tradicionalmente ocupaba un lugar secundario en el ritual taurino, es tratado de un modo patético y alegórico. En muchas de estas obras el caballo está solo, con las tripas colgando, arrodillado en postura fetal o de orante, con su morfología de viejo jamelgo huesudo, su larguísimo cuello y su ojo inmóvil. De este modo, el caballo tiene algo de irreal, a la vez bestia del Apocalipsis y criatura híbrida, más cerca de lo humano que de lo animal. Esta humanización simbólica del caballo queda sobreentendida en el carácter profundamente erótico de su lucha con el toro.

En 1919 Picasso participa con el primer espectáculo “El sombrero de tres picos” de Manuel de Falla, para el que realiza el diseño de los trajes inspirados en el traje de luces de los toros. Años más tarde lo hará también en otra obra de Falla denominada “Cuadro flamenco”.

En los años veinte aparece un tema hasta entonces inédito en su producción, en el que tratará la muerte del torero, en la que representa el cuerpo del matador a lomos del toro, en una composición que recuerda el tema tradicional del rapto de Europa.

Durante la década de los treinta, en la que sin duda la obra de Picasso alcanza una riqueza y una complejidad mayores que nunca, se halla enteramente impregnada por la tauromaquia en sus más diversas facetas. La pareja toro-caballo, tema predilecto del pintor se presenta de distintas maneras, desde el abrazo amoroso hasta la violación, desde el desgarramiento hasta la carnicería.

Nuevos personajes como hombre-toro, con el que el artista se identifica plenamente. “*La Mujer-torero*”, con el rostro de Maria-Thérèse Walker que refuerza el elemento femenino-erótico ya encarnado por el caballo.